

ISRAEL PARA ESPAÑOLES

UNA DEMOCRACIA ARRAIGADA

Muy pocas han sido las naciones que desde su nacimiento hasta la actualidad han sido ininterrumpidamente democracias. Países como EE.UU., Canadá, Australia e Israel han nacido democracias y nunca dejaron de serlo. El caso israelí es peculiar, ya que se ha visto envuelto desde su creación en un conflicto bélico continuo que amenaza su supervivencia y en una constante búsqueda de la paz.

Para conocer los orígenes de una democracia como la israelí podemos remontarnos a la vida que realizaban las grandes comunidades pioneras establecidas antes de la creación del Estado, y la fuerte conexión de éstas con una tradición eminentemente democrática. Póngase como ejemplo el establecimiento de comunidades judías en la época del *Talmud*, gobernadas por dirigentes electos por la ciudadanía, con independientes cortes judiciales, con una profunda lealtad a la misma y con unos principios inspiradores que se han ido conservando desde tiempos remotos hasta nuestros días. No podremos, pues, comprender la democracia israelí sin conocer su legado, sus libros y su historia.

Actualmente Israel es una democracia parlamentaria con una división de poderes formada por un Ejecutivo elegido cada cuatro años por los electores, un Legislativo dependiente del primer poder, y un Sistema Judicial independiente y modelo de muchos otros países. En los primeros años de

Jacob Israel Sananes es becario de la Fundación FAES (2009).

vida de Israel se tomó la decisión de dotar de rango constitucional la Declaración de Independencia y las leyes básicas del Estado. Se acordaron, entre otras, la ley de la *Knesset* –parlamento israelí–, la ley sobre las Tierras, la ley que establece las competencias del presidente del Estado y la conocida Ley del Retorno –que concede la nacionalidad israelí a los judíos de todo el mundo que decidan instalarse en Israel a vivir.

Israel, aunque denominado por muchos como etnicista, es un Estado plenamente democrático donde el judaísmo no es la base de la ideología del Estado. El hecho de ser un “hogar nacional para los judíos” no es incompatible con la existencia de una plena libertad religiosa, de una amplia gama de partidos políticos que representan a todos los ciudadanos y de una igualdad de derechos y libertades sin diferenciación de sexo, raza o religión.

En el Estado de Israel coexisten numerosas fuerzas políticas representadas en el Parlamento que interactúan entre sí: partidos de izquierda, de derecha, de centro, religiosos, laicos o árabes forman un amplio abanico de posibilidades a la hora de formarse un Gobierno de coalición. Debido al sistema electoral proporcional puro existente –heredero de la tradición talmúdica, donde la unanimidad era desconocida–, la mayoría absoluta es algo impensable. Tras quince procesos electorales, ningún partido ha logrado tener la mitad más uno de los escaños (61). Eso hace que los partidos que obtengan mayor número de votos tengan que pactar con formaciones minoritarias para poder alcanzar un acuerdo estable de Gobierno. A día de hoy, el Likud de Benjamín Netanyahu –actual primer ministro– es el segundo partido con más escaños en el Parlamento, pero con mayor capacidad a la hora de formar un Gobierno sólido. Así, el actual acuerdo de Gobierno se estableció con el Partido Laborista de Ehud Barak, un grupo de derecha laica –Israel Beteinu– y un partido religioso –Shas.

Aproximándonos al pluralismo, el Estado de Israel respeta la diversidad cultural, religiosa y social, tal y como indica la Declaración de Independencia: “El Estado de Israel [...] asegurará la completa igualdad de derechos políticos y sociales a todos sus habitantes sin diferencia de credo, raza o sexo; garantizará la libertad de culto, conciencia, idioma, educación y cultura; salvaguardará los Lugares Santos de todas las religiones”. Esto se

traduce en que cristianos, judíos y musulmanes tienen total libertad para profesar su fe, en que cada comunidad tiene sus propios consejos religiosos con competencia para solucionar determinados asuntos menores, o en que cada confesión tiene garantía de acceso a sus lugares sagrados.

Para mantener los tres principales desafíos nacionales (Zemaj, 2002) –el patrimonio cultural existente, la constante inmigración (Aliyá) y la seguridad– Israel goza de un independiente sistema judicial con una Corte Suprema que garantiza los derechos y libertades de todos los ciudadanos. Miembros importantes, como su anterior presidente de Gobierno, Ehud Olmert, o el jefe del Estado, Moshe Katsav, se han visto implicados en presuntos delitos que actualmente están en el orden del día de la judicatura israelí, los dos por causas muy diferentes, lo que demuestra la firme separación de poderes, la independencia judicial y la esencia democrática del país.

Como toda democracia liberal, tiene factores que merecen ser corregidos. Así, es cierto que el continuo estado de tensión, las dificultades económicas y los excesos políticos que desalientan al ciudadano no agregan facilidad a la vida cotidiana israelí, pero las esperanzas para crecer y prosperar se mantienen intactas en un país moderno y plenamente democrático.

LA SOCIEDAD ISRAELÍ

La realidad actual de la sociedad israelí, su dinamismo y pluralidad merecerían un artículo especial en el que se describieran sus retos ante el siglo XXI. Baste aquí con desgranar su pluralidad, la escuela postsionista y los logros “ocultos” de un Estado de Israel incapaz de quitarse esa injusta imagen de belicista y combativo.

Una sociedad plural

En Israel conviven ciudadanos de múltiples culturas y religiones; judíos, musulmanes, cristianos o drusos se entienden pacíficamente en un país que les ofrece las mismas posibilidades. Ello convierte a la sociedad israelí en una de las más plurales y heterogéneas del mundo occidental.

Como consecuencia de la Ley del Retorno existe una enorme variedad de ciudadanos que provienen de todas las partes del mundo, lo que obstaculiza en determinadas ocasiones su plena integración. La inmigración judía a Israel ha sido una de las prioridades institucionales, incluso antes de que se fundara el Estado. Una vez creada, la Agencia Judía –presidida en la actualidad por un fiel defensor de la libertad y la democracia, Natan Sharansky (2006)– se encargó de la intensa labor de asistir a los inmigrantes en la ardua labor de integración. En las últimas décadas más de un millón de judíos procedentes de la antigua URSS salieron de su país hacia Israel, así como decenas de miles de judíos etíopes, franceses, estadounidenses, etc.

La integración social implica varios desafíos, como la diferenciación entre judíos religiosos y laicos. La religión es un problema, por otra parte, frecuentemente exagerado y alimentado por los sectores en cuestión. Los ortodoxos creen que la *Torah* debe ser el verdadero código normativo de conducta en el que todo gobierno debe centrarse; mientras que algunos laicistas aspirarían a despojar al Estado de todo vínculo con el judaísmo, ya que, según ellos, el poder político de los religiosos y el papel que se le otorga a la *Torah* es excesivo.

En el marco de las minorías, la más importante y numerosa corresponde a los árabes, con el 20% de la población israelí. Esta población árabe, al igual que la judía, es un bloque muy heterogéneo. Entre ellos destaca una minoría que surge de una escisión del Islam, los drusos, que se caracterizan por su especial integración en el Estado y por su participación activa en las instituciones israelíes. El concepto druso de *Taqiyya* exige lealtad suprema al país en donde residen y, en cumplimiento de este principio, los drusos sirven en las Fuerzas de Defensa de Israel. Otro grupo, los beduinos, aunque no están obligados a realizar el servicio militar, se alistan en gran cantidad al ejército a pesar de las continuas amenazas de los grupos terroristas palestinos.

Los cristianos constituyen aproximadamente el 2% de la población total y destaca en ellos la amalgama de comunidades presentes –ortodoxas, protestantes, maronitas, anglicanos, etc.–. Su establecimiento en la Tierra de Israel comienza en la época de Jesús de Nazaret y sirve de espejo para el aumento gradual del turismo católico a Israel, sobre todo en Semana Santa.

No puedo dejar de mencionar dentro de este apartado el legado sefardí siempre presente en Israel. Cerca de 700.000 israelíes forman la comunidad sefardí más grande del momento, estando representados tanto en las principales instituciones políticas (partido religioso Shas, actualmente en el Gobierno) como en la vida judía cultural del país. Este grupo mantiene viva la lealtad inquebrantable a sus costumbres, ritos, idioma o literatura, siendo constantes las iniciativas por recuperar el legado histórico, el estudio del judeoespañol o ladino (promovido por el ex presidente Isaac Navon) con el fin de evitar el debilitamiento en el ámbito geográfico, cultural y demográfico de la herencia sefardí.

La escuela postsionista

Un reto al que debe hacer frente la sociedad israelí es la contemporánea escuela ideológica llamada “postsionismo”. Sustentada por ciertos intelectuales israelíes, no sólo critican ciertas medidas que pueda tomar el Gobierno, sea de un color político u otro –esto, al fin y al cabo, es la esencia de la democracia–, sino que cuestionan también la legitimidad de una nación judía, como lo es el Estado de Israel. Dar respuesta a qué piensan y quiénes son los que promueven este tipo de visión puede parecer tarea fácil, pero no lo es. Son muchas las formulaciones y los ciudadanos de diferentes ideologías que predicán estos mensajes basados en el agotamiento del sionismo. Siguiendo esta doctrina, con el establecimiento del Estado de Israel el sionismo finalizó su papel histórico y tras la victoria de la Guerra de los Seis Días y, sobre todo, con la del Iom Kippur en 1973, muchos israelíes comenzaron a cuestionarse la contradicción entre el hecho evidente religioso en Israel y su carácter democrático. En definitiva, la incompatibilidad de estos dos elementos. Algunos mensajes adicionales de miembros de esta corriente son o bien que el sionismo es imperialista, o que Israel actúa de forma desproporcionada con los palestinos.

Los patrocinadores de esta corriente postsionista son ciertos intelectuales israelíes de la izquierda radical que reformulan una visión de la realidad y de la historia. El profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Haifa, Illan Pappé, y el profesor de la Universidad Ben Gurión, Benny Morris, son los dos referentes más conocidos aunque, por suerte, es relativamente escasa la participación política y la relevancia práctica de estos “intelectuales”, aunque sí

suficiente para calar en la sociedad y hacerla cuestionarse materias que no estaban hace 40 ó 60 años en la agenda política y en el pensamiento teórico político israelí. El postsionismo reformula debates pasados y quiere provocar en los ciudadanos la crisis de la identidad judía, sionista y democrática.

Esta crisis de identidad se manifiesta en la limitada percepción en la población judía, sobre todo en los jóvenes, de las raíces sionistas y de la historia del pueblo judío; lo que debería tornarse con el acercamiento a los más jóvenes de los materiales necesarios para fortalecer su identidad, y así facilitarles el acercamiento a las instituciones públicas, hoy muy deterioradas en el plano sociológico. Para lograrlo, las entidades políticas y judiciales deberán ofrecer una mejor imagen de su actuación pública, aumentar los controles legales que eviten la corrupción, fomentar políticas que mejoren el sistema educativo o implementar medidas de integración entre los nuevos inmigrantes.

Es necesaria la vuelta a la consciencia de lo que une, ya que este relativismo hace perder la consideración de los valores judeocristianos. El derecho y de la defensa de la vida, la autorrealización individual y la libertad de elegir son los valores que, tanto la sociedad israelí como el resto de Occidente, deben recuperar para guiar la vida de las personas y sociedades. Continuar por el camino del relativismo, de la supuesta multiculturalidad o no diferenciar un terrorista de un defensor de la libertad, todo ello hará perder de vista la esencia democrática en Israel y en el resto de Europa.

Israel no es sólo el conflicto

Es poco frecuente encontrarse con noticias sobre Israel que no contengan términos como tanques, ocupación, terrorismo o ejército. Nadie puede negar los logros empíricos de la sociedad israelí, tales como su capacidad para integrar olas masivas de inmigración –2,5 millones de personas–, para dotar a su territorio con una moderna infraestructura, para defender su integridad territorial en cuatro guerras y para mantener la seguridad nacional. Destacan también los logros tecnológicos. Así, algunos de los productos que hoy disfrutamos en nuestras casas, como la telefonía móvil, la tecnología de buzón de voz, Messenger e ICQ o el riego por goteo, han salido al mercado gracias a la participación de expertos israelíes. La exigencia en alcanzar niveles

de excelencia educativa en un mundo repleto de cambios tecnológicos y a la vez fomentar la inversión en investigación y desarrollo hace que Israel tenga el mayor número de doctorados *per capita* del mundo y sea uno de los países que compite en la carrera tecnológica internacional.

A pesar de ser una sociedad con varios frentes abiertos, hay que destacar que la Fuerza de Defensa de Israel tiene un peso político muy limitado, ya que los militares están sujetos plenamente al poder político. En un país donde existe una considerable tensión interna y externa, es destacable que en sus 61 años de historia no haya sufrido ningún intento de golpe de Estado, ni haya elementos que puedan deslegitimar su arraigado sistema democrático. Israel es una sociedad madura que mayoritariamente desea convivir en paz con sus vecinos, aunque es muy consciente de que si sale derrotada en alguna guerra estará condenada a desaparecer.

LA REALIDAD DEL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

Árabes israelíes: ¿ciudadanos de segunda?

Uno de los principales clichés establecidos en la sociedad europea, especialmente en la española, es la cuestión del maltrato de los poderes públicos israelíes a los ciudadanos de origen árabe, 1,3 millones de personas en Israel, o sea, un 17% del total de la población. Para poder refutar esta tesis hay que remontarse al nacimiento del Estado. Algunos intelectuales e historiadores mantienen que durante la Guerra de la Independencia las autoridades militares israelíes expulsaron a miles de árabes de sus tierras –surgiendo, pues, el concepto de *refugiado palestino*–, y siendo ésta la causa de este pretendido derecho de retorno.

La realidad es que miles de árabes huyeron antes de la guerra y otros, que residían en tierras que correspondían a Israel, siguieron la recomendación de sus líderes árabes y abandonaron sus casas para no entorpecer a los guerrilleros y tener, así, menos bajas civiles árabes. La Resolución 194, aprobada por la Organización de las Naciones Unidas el 11 de diciembre de 1948, fue rechazada por todos los países árabes al no tipificar explícitamente el derecho de retorno de los refugiados palestinos a la Tierra de Israel. En 1948

el número de refugiados se estimaba en 475.000 personas. Actualmente, las cifras más objetivas dicen que éstos ascienden a 4,7 millones de palestinos según ACNUR, la agencia de la ONU para los refugiados.

El concepto de derecho de retorno, con una doctrina internacional confusa, no puede servir como instrumento para acabar con el Estado democrático de Israel, como así pretenden algunos países árabes. Ese derecho de retorno de los refugiados, en esta concepción equivocada, equivaldría a que demográficamente los árabes superasen a los judíos en población.

Pero es un hecho plenamente contrastable en cualquier visita que se realice a Israel es el de que, a día de hoy, sigue existiendo presencia ciudadana árabe, debido a que muchos no desearon irse en su momento. Ello demuestra la nula intención de los Gobiernos israelíes de expulsar a los ciudadanos árabes y el compromiso con los valores democráticos. Es más, en 1952 se les adjudicó a los ciudadanos árabes la plena nacionalidad israelí, por lo que son poseedores todos ellos de los mismos derechos y libertades que cualquier otro ciudadano israelí. Ali Yahya, embajador de Israel en Grecia; Salim Jaber, alcalde de Abu Ghosh; Salim Joubran, juez de la Corte Suprema israelí; o Raled Majadele, ministro del anterior Gobierno israelí, son algunos ejemplos de las posibilidades que ofrece la democracia israelí, independientemente del sexo, raza y, sobre todo, y como podemos observar, de la religión, a pesar de ser un país eminentemente judío. Todos los ciudadanos israelíes, con independencia de su religión, pueden presentarse a las elecciones y ser elegidos –en la actual composición parlamentaria hay dos partidos árabes, Lista Árabe Unida-Taal y Hadash, con nueve diputados entre ambos–. Así, árabes, cristianos y judíos están en plena disposición de gozar de las amplísimas posibilidades que ofrece el mercado, el sistema democrático y la sociedad israelí.

Puede ser útil, a efectos de la mera comparación, recordar que en 1948 alrededor de 800.000 judíos que vivían en países árabes –fundamentalmente en Iraq, Irán, Marruecos, Argelia, Túnez y Libia– fueron expulsados como consecuencia de la creación del Estado de Israel; sin embargo, nadie reclama para ellos su derecho de retorno. La mayoría de la población judía –*Dhimmi*, concepto del derecho islámico por el que se conoce a los judíos y cristianos residentes en los Estados árabes y que por el mero hecho de serlo eran catalogados

de inferiores socialmente– fue forzada a abandonar los países árabes debido al aumento de la carga judeófoba articulada en ataques contra establecimientos comerciales judíos, sinagogas, centros juveniles, y a la republicación de los *Protocolos de los Sabios de Sión* en Egipto, respaldados por los antiguos dirigentes Gamal Abder Nasser o el premio Nobel Anwar el-Sadat.

Un reciente informe de 2009 de ACNUR revela que actualmente hay en el mundo 42 millones de refugiados. Sin embargo, ¿destaca la prensa española al refugiado colombiano, pakistaní, congolés o somalí?, ¿reclama el derecho de retorno de los judíos que fueron expulsados de los incontables países árabes? En definitiva, ¿por qué la gran mayoría de medios de comunicación sólo destacan la figura del refugiado palestino?

“Un Israel sin lugar en la tierra”

Son muchas las ramas del sionismo durante finales del siglo XIX y principios del XX –religiosa, política, socialista, práctica, revisionista, espiritual–. Por su enorme influencia, las más destacadas fueron las visiones religiosas lideradas por el rabino Kook, que promovían la unión indisoluble del judaísmo y la nacionalidad judía. El sionismo político, encabezado por Teodoro Herzl, incitaba a la acción política y diplomática en la esfera internacional. El sionismo práctico, cuya figura más destacada era Arthur Ruppín, estimulaba una acción más directa encaminada a llevar judíos a Palestina –*Aliya*–. Por último, el enfoque revisionista de Zeev Jabotinky, que pretendía reformular las bases del sionismo político al ejercer una mayor coerción sobre los ingleses, aumentando la cantidad de judíos procedentes de Europa y armando militarmente a las facciones judías.

Todas estas visiones compartían el objetivo de conseguir un Estado para los judíos en la Tierra de Israel. En 1922 se detuvo el sueño, ya que el Mandato Británico decidía otorgar el 80% de la “Palestina histórica” a Transjordania –hoy Jordania– y el otro 20% fue repartido una década después en cumplimiento de la Resolución 181 de la ONU de 1947 –Plan de Partición de Palestina–, que establecía el derecho a formar un Estado para los árabes en el 45% del territorio y un Estado para los judíos con cerca del 55% –hay que destacar que, de este porcentaje, el 60% era desierto–. Es decir, que de

la Palestina histórica prometida a los judíos el 2 de noviembre de 1917 por el Gobierno británico –Declaración Balfour– sólo quedaba menos del 15%.

Cuando se habla de la Palestina histórica nos referimos a un término que es, incluso, más antiguo que la existencia del propio Islam. Sin embargo, el actual significado del término “Palestina”, que hoy entendemos generalmente relativo a lo árabe, nace en 1964 a raíz de la creación de la Organización para la Liberación de Palestina –movimiento creado por Yasser Arafat y cuyo primer objetivo declarado era la destrucción del Estado de Israel–. Hasta ese momento no se puede hablar de una historia de la “Palestina” árabe, de líderes fundadores anteriores a Arafat, de su capital, o incluso de la lengua oficial utilizada por esos habitantes; es más, nunca antes de 1948 habían reclamado Jerusalén como capital. Sirvan de ejemplos para esta distinción entre los significados de una misma palabra el uso que de ella se hacía, por ejemplo, en el periódico *The Palestine Post* –hoy *Jerusalem Post*, periódico de los judíos antes de la creación del Estado de Israel–, en el Consejo Nacional Judío de Palestina, o en la “Brigada Palestina” –el ejército hebreo de combate–; todos estos usos ponen de manifiesto el vínculo de los judíos con la Palestina histórica.

Recordar la historia suele ser un ejercicio sano para confirmar también que ninguna visión sionista ha intentado excluir la posibilidad de que los árabes reclamen parte del territorio. La práctica totalidad de la sociedad israelí reconoce el derecho de los árabes a tener su propio Estado, pese –eso sí– a la falta de continuidad geográfica que supondría la creación del futuro Estado palestino. Pero este mismo derecho lleva otorgado desde la ya mencionada Resolución 181 de 1947 –rechazada por parte árabe– hasta nuestros días.

Son varias las causas por las cuales la Autoridad Nacional Palestina no tiene actualmente un Estado soberano: la primera, la utilización política de los Estados árabes de la “causa Palestina”. La segunda, la obsesión en lograr sus objetivos mediante la vía de la guerra y el terror en vez de la negociación. Esto último se demostró con la negativa de Arafat a firmar en el año 2000 los Acuerdos de Camp David II, levantándose de la mesa de negociaciones ante la generosa propuesta de Ehud Barak (ante Bill Clinton) de ofrecer a los palestinos el 98% de los territorios ocupados. Hoy ciertos dirigentes palestinos reclaman a Israel menos de lo que el entonces

primer ministro Ehud Barak ofreció al líder palestino, pero éste rechazó la propuesta y con ello comenzó la Segunda Intifada el 28 de septiembre de 2000, truncándose de nuevo la esperanza de una paz duradera con Israel. La tercera causa tiene que ver con los dirigentes palestinos y las constantes luchas de poder entre facciones de Al Fatah –lideradas por el actual presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Abú Mazen– y el grupo terrorista Hamas –cuyo líder es el primer ministro Ismail Haniya–. Estos conflictos interpalestinos han provocado, además de cerca de mil muertos entre ambos bandos, la evidente falta de interlocutores válidos palestinos.

En definitiva, con un liderazgo palestino en cuestión, con un Gobierno terrorista de Hamas y un Irán amenazando constantemente la existencia de Israel y acaparando la atención mundial, es muy complicado siquiera que la creación de un Estado Palestino vuelva a la agenda política internacional.

Aun así, el compromiso para alcanzar la paz por parte de Israel se mantiene en los mismos términos que reza su Declaración de Independencia, leída en 1948 por el primer ministro, David Ben Gurión: “Tendemos nuestra mano a todos los Estados vecinos y a sus pueblos en una oferta de paz y buena vecindad y los exhortamos a establecer vínculos de cooperación y ayuda mutua con el pueblo judío soberano”. Este compromiso, como reza la Declaración, se ha revelado cierto tanto en los acuerdos con sus vecinos egipcios y jordanos como en los Acuerdos de Oslo (1993) y en los de Camp David II (2000). Israel es un Estado que ha demostrado firmar la paz con sus vecinos, pero no a cualquier precio. Las dos únicas condiciones que demanda Israel son el reconocimiento de su derecho a existir y, más importante aún, la renuncia al uso de la violencia terrorista.

El “extremismo” a causa de la ocupación

Ciertos analistas, consagrados predicadores de la causa palestina, suelen argüir que el terrorismo (término que nunca utilizan) es la consecuencia de la ocupación. En resumen, manifiestan que sólo cesará la violencia cuando Israel se retire de los territorios palestinos. Pero el conflicto tiene una historia que, basándonos en la equidad, y dejando de lado ese maniqueísmo histórico que tanto fomenta la izquierda, hay que recordar.

Israel se enfrentó a los ejércitos de Egipto, Siria, Irak y Jordania en junio de 1967 en la denominada Guerra de los Seis Días. En menos de una semana el ejército de Israel acabó con las potentes, pero mal estructuradas, fuerzas de defensas árabes, logrando ampliar su territorio con la incorporación de Cisjordania, Gaza, los altos del Golán y la península del Sinaí. Los dos primeros territorios citados estaban siendo ocupados por Jordania y Egipto respectivamente. Los altos del Golán pertenecían casi en exclusiva a Siria –y una pequeña parte al Líbano– y la península del Sinaí era territorio egipcio.

Son, pues, tres los focos de conflicto sobre los que situar el problema de la ocupación.

• **Altos del Golán.** Territorio que en 1948 pertenecía a Siria y Líbano y que en 1967 pasó a formar parte de la soberanía israelí. Durante ese lapso fue un territorio conflictivo, ya que el ejército sirio aprovechó sistemáticamente esa zona para atacar a la población israelí. Un total de 140 israelíes murieron por disparos enemigos producidos en esas zonas. A Israel le bastó un día –9 de junio de 1967– para conquistar los altos del Golán. Estos cuarenta años de disputa han servido a los sucesivos Gobiernos de Israel para invertir numerosas cantidades de dinero público en el fortalecimiento de la zona, siendo numerosos los avances agrícolas e industriales logrados. Los ciudadanos musulmanes mantienen su nacionalidad anterior, pero con una salvedad manifiesta: esos habitantes gozan de derechos y libertades, cosa de la que antes carecían. Más de la mitad de la población es musulmana y no es común escuchar peticiones de los mismos hacia una vuelta a la soberanía de Siria. Los “sucesivos” Gobiernos sirios –desde 1970 sólo ha habido dos presidentes, Hafez y Bashar El Assad, padre e hijo– han continuado amenazando, atacando e instigando a su vecino enemigo. Aun en estas circunstancias, el mensaje de Israel es bien sencillo: paz a cambio de territorios, pero primero paz.

• **La península del Sinaí.** Este vasto territorio de soberanía egipcia, de tres veces la superficie de Israel, resulta ser pieza clave para entender la dimensión del conflicto y el compromiso de Israel con el establecimiento de una paz duradera con sus vecinos. En 1956, tras el bloqueo del estrecho de Tirán por parte de Nasser, el incumplimiento de la Resolución del 1 de sep-

tiembre de 1951, en virtud de la cual se insta “a Egipto a levantar las restricciones impuestas al paso de buques mercantes y mercaderías de todos los países por el Canal de Suez” y el aumento de ataques terroristas procedentes del Sinaí, se decide por parte de Israel, Francia y Reino Unido evitar la nacionalización del Canal mediante la fuerza. Nasser se vio derrotado políticamente, aunque fue recibido como héroe en su país, e Israel conquistó, por primera vez, la península del Sinaí. Unos meses después se retira de los territorios, sin recibir nada a cambio, como gesto para avanzar hacia la paz. Años después, en 1967, comienza la Guerra de los Seis Días al provocar Nasser al Gobierno israelí, cerrar de nuevo el estrecho de Tirán y desplegar sus fuerzas militares en la frontera con Israel. El Estado judío conquista de nuevo el territorio, manteniéndolo en su poder hasta 1979, tras la firma entre Anwar el-Sadat y Menachem Begin de los Acuerdos de paz de Camp David, el 14 de septiembre de 1978, mediante los cuales Israel se retiraba de los territorios ocupados y Egipto se comprometía a no fomentar la violencia y a no amenazar a Israel. Esta vez, la paz por territorios sí tuvo éxito por la valentía de Sadat al firmar unos acuerdos que suponían la apertura de relaciones, de intercambios comerciales y, sobre todo, una esperanza en que la paz se puede lograr con un verdadero compromiso mutuo. Pocos meses después, Anwar el-Sadat acabó siendo asesinado por militares extremistas árabes.

• **Cisjordania y Gaza.** Como mencioné anteriormente, tras la Guerra de los Seis Días Israel pasa a administrar los territorios de Gaza y Cisjordania. Es fácil encontrarnos con personas que piensan que, a raíz de esta ocupación, a los palestinos no les queda otra solución que la de enfrentarse al ejército israelí a través de la vía de la “resistencia”. En España, por ejemplo, la conocida arabista Gemma Martín Muñoz considera que “el origen del problema tiene un nombre: ocupación”, y que es ésa la fuente de la violencia suicida palestina¹. La profesora y directora de la Casa Árabe se olvida sin embargo del terrorismo árabe anterior a la ocupación.

Obviar el papel de los fedayines –guerrilleros árabes que luchaban contra Israel– y de la cantidad de víctimas que provocaron en Israel es querer olvidar la historia. En 1954, por poner un ejemplo, no existía la ocupación

¹ *El País*. Opinión, 20-06-2003.

israelí y sí el terrorismo: el 17 de marzo se produjo un atentado terrorista en el que once israelíes fueron asesinados al producirse una emboscada en el autobús de Eilat a Tel Aviv. En 1948 no existía ocupación pero sí imperaba el lema árabe de echar a los judíos al mar. Antes, en abril de 1936, comenzó la revuelta árabe en la que el Gran Muftí de Jerusalén, Amin Al Husayni –principal aliado árabe de Hitler–, ordenó liquidar al máximo de ciudadanos judíos. Incluso antes, en agosto de 1929, se produjo la matanza de Hebrón y Safed, impulsada también por Al Husayni, y cuya consecuencia fue el asesinato de un centenar de judíos.

Israel, por esas épocas, no existía. La ocupación, obviamente, tampoco. Tan sólo existía un ánimo exacerbado en liquidar a la población judía de Israel, idéntico objetivo que perseguía Arafat, y que actualmente persigue Hamas con el patrocinio y suministro armamentístico de Irán. Porque Hamas no pretende que Israel se retire de los territorios ocupados, sino más bien la desaparición del Estado de Israel y el establecimiento de un califato llamado Palestina. De esta forma, el concepto de Estado democrático choca frontalmente con la carta fundacional de Hamas, que busca un califato cuyo ordenamiento jurídico sea únicamente la Sharía.

Así como se ha demostrado falsa la relación causa-efecto entre el terrorismo y la marginación o la pobreza, se ha evidenciado también empíricamente falsa la conexión entre la ocupación y el terrorismo palestino, tan patrocinado por el verdadero artífice de la conversión de este mito en realidad, Yasser Arafat.

CONCLUSIONES

Israel y su sistema democrático deben ser examinados continuamente y criticados cuando sea necesario. De hecho, en no en pocas ocasiones es el propio Gobierno israelí el que alimenta la crítica legítima al cometer errores puntuales en determinadas operaciones militares en su lucha contra el terrorismo. Pero basta un somero repaso a la peculiar visión que Nathan Sharansky nos ofrece en su “test de las 3D”², para guiarnos sobre

² *Jerusalem Post*, 23/02/2004.

cuándo se sobrepasa el límite entre la crítica legítima y el antisemitismo o la judeofobia:

“La primera D es la prueba de la ‘Demonización’. Las comparaciones de los israelíes con los nazis y de los campamentos de refugiados palestinos con Auschwitz –comparaciones oídas prácticamente todos los días en los barrios ‘ilustrados’ de Europa– sólo pueden ser consideradas antisemitas.

La segunda ‘es la prueba del Doble rasero’. Debemos preguntarnos si la crítica a Israel se está aplicando de manera selectiva. En otras palabras, ¿las políticas similares de otros gobiernos generan la misma crítica, o hay un doble rasero en el trabajo? Es antisemitismo, por ejemplo, cuando a Israel se le destaca en las Naciones Unidas por los abusos a los derechos humanos, mientras que probados abusadores, como China, Irán, Cuba y Siria, son ignorados.

La tercera ‘es la prueba de la Deslegitimación’. En el pasado, el antisemitismo trató de negar la legitimidad de la religión judía, el pueblo judío, o ambos. Hoy en día están tratando de negar la legitimidad del Estado judío, presentándolo para ello, entre otras cosas, como el último vestigio del colonialismo. Aunque la crítica de la política israelí no puede ser antisemita, la denegación del derecho de Israel a existir siempre es antisemita. Si otros pueblos tienen derecho a vivir con seguridad en sus países de origen, entonces el pueblo judío tiene derecho a vivir con seguridad en su patria”.

El Estado de Israel se siente en numerosas ocasiones vilipendiado por la actitud de ciertos medios de comunicación que no reconocen su compromiso con la paz y que faltan constantemente a la ecuanimidad. Un reciente informe de la *Anti Defamation League* –fundación para detener la difamación al pueblo judío, que lucha contra el antisemitismo y todas las formas de intolerancia–, estableció que el antisemitismo es una tendencia cada vez más arraigada en España. Viñetas que incitan al odio judeófobo, ataques a la sinagoga de Barcelona, eslóganes en manifestaciones que rozan la ilegalidad, insultos judeófobos al embajador de Israel en España, lanzamiento de piedras a la Embajada de Israel (el 11 de enero del año pasado) –fue un hecho insólito que ni el presidente ni los vicepresidentes del Gobierno condenaran el ataque públicamente– o la postura del Partido Socialista de ponerse detrás de una pancarta –ese mismo 11 de enero– que rezaba “paremos el genocidio” se han producido en un corto espacio de tiempo.

Una mayoría de medios de comunicación, en su labor de informar a un público no presente en la zona y poco conocedor del conflicto y su histo-

ria, pecan de parcialidad manifiesta al mostrar sólo el sufrimiento de una de las partes. Esta arbitrariedad está íntimamente ligada a los ataques de violencia física anteriormente enumerados. Mostrar sólo la cara de un Israel en conflicto, olvidándose de los éxitos logrados en seis décadas de historia, manifiesta la intención de transmitir una imagen previamente predeterminada.

Esta carga judeófoba, que está detrás de los constantes ataques hacia la única democracia de Oriente Medio, incluso banaliza la Shoah –holocausto judío– al comparar la supuesta masacre de Jenin en el 2002 –52 palestinos muertos, 40 de ellos terroristas– con el exterminio indiscriminado de 6 millones de judíos por el mero hecho de serlo. Hoy día, la “legítima defensa” de la causa palestina se ha convertido en la nueva excusa perfecta para generar un nuevo brote antisemita o judeófobo. Como muy bien lo expresa Pierre-André Taguieff (2003) “El origen del antisionismo radical, que se encarna en la forma contemporánea de judeofobia es, en efecto, el comunismo soviético, que desde 1948-1949 hasta principios de los años setenta difundió en todo el mundo la mayoría de los temas de acusación contra Israel, como ‘fascismo’, ‘imperialismo’, ‘racismo’, ‘colonialismo’, etc”³. Este antisionismo disfrazado de judeofobia ha adoctrinado a los antisionistas árabes, que a su vez pretenden, y en numerosos casos logran, penetrar en ciertas corrientes ideológicas cercanas a la izquierda radical que han acogido ese discurso de crítica a Israel.

El fenómeno cambiante de la izquierda europea es empíricamente visible cuando se ve, por ejemplo, a un presidente de Gobierno enfundándose el pañuelo palestino, o a un premio Nobel como Saramago considerando que el “Holocausto continúa” en un artículo publicado en *El País*, o al alcalde de Barcelona, Jordi Hereu, invitando “a la semana de la solidaridad con el pueblo palestino” a Leila Khaled –conocida terrorista del Frente Nacional para la Liberación de Palestina, grupo terrorista según la UE y EE.UU.–, y todo ello en las fechas en las que media Europa celebraba el 60 aniversario del Estado de Israel. El nuevo panarabismo de esta izquierda sin rumbo minimiza

³ *Rzeczpospolita (La República) de Varsovia*, 10/11/2009

el terrorismo, quiere deslegitimar toda decisión de los Gobiernos de Israel y pretende disfrazar su verdadera judeofobia en crítica legítima.

Israel es la primera trinchera en la lucha global contra el terrorismo *yihadista* que continúa buscando la mejor forma de golpear a Occidente. La democracia, la libertad y el respeto a los Derechos Humanos –pilares fundamentales sobre los que se asientan nuestras sociedades– están siendo amenazados constantemente por unos fanáticos terroristas que pretenden hacerlos desaparecer. Es nuestra responsabilidad hacer frente a esta amenaza contra la democracia liberal. Los fanáticos pretenden que dejemos de ser lo que siempre hemos sido y pasemos a ser otra cosa: Califato, Sharía, *burka*, *takfir*, condena a muerte por apostasía...

Esta guerra la lleva librando Israel desde 1948. Desde su Independencia, además de luchar por su existencia, que no es poco, Israel lucha por mantener esos valores, esa cultura propia y los principios democráticos que han caracterizado al Estado judío. Y para poder mantener esos tres pilares, en Israel y en el resto de Occidente debemos, en primer lugar, conocer cuáles son las amenazas para después considerar una postura común en la lucha contra el terrorismo y así hacer frente a los chantajes. A los terroristas no se les convence, se les vence.

Ahora bien, el vínculo entre el conflicto entre israelíes y palestinos y la lucha contra el *yihadismo* no es tan fuerte, ya que el segundo, ni mucho menos, depende del primero. Diferente es la cuestión de que ciertos dirigentes árabes quieran establecer una intrínseca relación entre ambos para culpabilizar a los judíos de todos los males de la historia. Se deberá, pues, realizar un esfuerzo para solucionar el conflicto entre palestinos e israelíes, sin esperar que, con ello, se enderece el rumbo en la lucha global contra el terrorismo islamista. En la agenda política internacional nuevos actores pretenden dificultar el mantenimiento de la paz mundial. La amenaza al mundo moderno que supone el régimen iraní de Ahmadinejad, Al Qaeda, Hamas o Hitzbulah, no sólo afecta a Israel sino a todas las democracias occidentales. Pero una derrota de la “primera trinchera” envalentonaría a los terroristas y posibilitaría que éstos se acercaran a su objetivo de eliminar todo espacio de libertad, justicia y democracia de Occidente.

A los que amamos la libertad y la seguridad, que somos muchos, no nos cabe la más mínima duda de que sólo tomar plena consciencia de que el terrorismo islamista es una amenaza mundial real nos hará ser mas fuertes para combatir el terrorismo, y nos conducirá a disminuir la judeofobia y a tener un mundo más seguro, más justo y mucho más libre.

PALABRAS CLAVE

Oriente Medio • Israel • Valores occidentales • Democracia

RESUMEN

Este texto analiza cómo la democracia israelí, a pesar de estar constantemente amenazada por sus enemigos exteriores y perjudicada por sus retos y tensiones internas, ha logrado mantener desde el día de su independencia hasta hoy su perfil democrático como muy pocos otros países lo han logrado en la historia. El texto recoge una realidad pocas veces expuesta en una mayoría de medios de comunicación que, influenciados por una izquierda sin ideales y una extrema derecha todavía con resabios de momentos aciagos de nuestra historia, caminan de lleno no hacia un apoyo de la causa palestina, sino hacia la crítica desproporcionada de Israel.

ABSTRACT

This text analyses how Israeli democracy, in spite of being constantly threatened by its foreign enemies and harmed by its internal challenges and stresses, has managed to keep its democratic profile from its first day of independence up until today as very few other countries have managed to do in their history. The text describes a reality much ignored by the majority of the media which, influenced by a leftist ideology without ideals and a radical right still with unpleasant traces of the dire moments of our history, is determinedly striding not toward the support of the Palestinian cause, but to the disproportionate criticism of Israel.

BIBLIOGRAFÍA

Bard, Mitchell G. (2003):

Mitos y realidades. <http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/spanish/spanishtoc.html>

Perednik, Gustavo A. (2003):

“La judeofobia”. En *El Catoblepas*, nº 22

Sharansky, Nathan y Dermer, Ron (2006):

Alegato por la democracia. Gota a Gota, Editorial Fundación FAES, Madrid.

Sieff, Martin (2009):

Guía Políticamente incorrecta de Israel y

Oriente Próximo. Edición española a cargo de Rafael Bardají, Ciudadela libros, Madrid. 238 págs.

Taguieff, Pierre-André (2003):

La nueva judeofobia. Editorial Gedisa, Madrid.

Zemaj, Yaacov S. (2002):

El poder judicial en Israel, Centro para la Capacitación de Jueces, Jerusalem, 2002.